

Morir un poco para poder vivir

Después del control se da otra vez la vuelta, la mochila sobre un hombro, la bolsa con el portátil sobre el otro, el chaquetón que se le hizo insoportable en el calor del aeropuerto colgando del brazo. Nos lanza un beso por el aire, sonrío, al parecer despreocupada, y desaparece subiendo una escalera mecánica. No hablo para que los demás no noten mi voz quebrantada, ya sabemos lo que es eso, es la emigración: morir un poco para poder vivir.

Esta no es una situación particular, es una escena que se repite una multitud de veces en aeropuertos, estaciones de tren y de bus de este país. Los jóvenes se van, España se desangra.

No nos engañemos. No se trata de un año Erasmus o de una beca para estudiar inglés. A cualquiera le viene bien viajar un poco, ver mundo, aprender idiomas y conocer otras culturas para abrir la propia mente. Pero los jóvenes que huyen de la crisis sólo tienen un billete de ida y el proyecto de vuelta se resume en un anhelo. No sólo van en búsqueda de una experiencia o de una formación mejor, van buscando su futuro fuera.

Detrás dejan un país que está mal, pero sin sus jóvenes está infinitamente peor. La salida de tanta gente joven acelera los procesos de envejecimiento y de despoblación. España ya es el país con la población más envejecida del mundo, un 63% de los municipios españoles perdieron habitantes desde que la crisis comenzó y hay regiones como Galicia donde el decrecimiento de su población se situó en un 0,53% en un año. La emigración de la gente joven significa la pérdida de un inmensurable capital de innovación a nivel empresarial, social y cultural, pero también la pérdida de potenciales consumidores que son necesarios para una economía asfixiada y es, además, la pérdida de la gran inversión que hicieron el Estado y las familias en la educación de sus hijos que finalmente va a dar sus frutos en otro parte. España está exportando capital intelectual gratis.

Periódicamente podemos ver algún reportaje sobre españoles que triunfan en el mundo. Ganan sueldos desmesurados y parecen felices. Otros han encontrado nuevas oportunidades, sin embargo, echan de menos al mundo que han perdido y sueñan con volver. La migración es una herida que es difícil de curar y siempre deja cicatriz. Pero también hay otros que no logran sus objetivos en el extranjero. Trabajan

en malas o muy malas condiciones o no encuentran trabajo alguno. Aumentan las noticias sobre estafas a migrantes. Sin trabajo decente no son capaces de integrarse en las sociedades de acogida. Ya hace varios años, algunas ONG en Suiza han dado la voz de alarma. No se trata de organizaciones xenófobas, al contrario, pero sus comedores y hostales se ven desbordados con víctimas de la crisis. El español se ha convertido en un idioma común en estos sitios aunque no todos sean españoles. También hay migrantes transnacionales, vinieron sobre todo de Latinoamérica y encontraron trabajo en España en los años de bonanza, ahora la crisis les lleva hacia el norte.

El gobierno de Rajoy lo llama 'movilidad exterior' y se lo apunta como reducción del paro.

Pero el clima se recrudece: Alemania rechaza pagar ayuda social a extranjeros sin trabajo, Inglaterra está debatiendo sobre la expulsión de comunitarios sin trabajo al fin de 6 meses, Suiza trata de blindarse contra la inmigración no deseada de la UE. No obstante, 6 de cada 10 jóvenes en España planean emigrar en busca de empleo. Y como es habitual en todos los flujos migratorios, se están creando unas expectativas en los lugares de origen que tienen poco que ver con las realidades en los lugares de destino. Y eso es muy peligroso para los que quieren emprender esta aventura.

Nosotros volvemos del aeropuerto. Hablamos sobre lo que vamos hacer de comer mañana. Hasta nos atrevemos con alguna broma para que nadie se pierda en los abismos de sus propios sentimientos. ¡Qué tengas suerte, hija, qué tengas mucha suerte!

©Karin Monteiro-Zwahlen